

EL papel de la educación profesional en el marco laboral mexicano

Jorge Oswaldo Sánchez Ortega
Mtro. de la Universidad del Valle de Puebla



Poktli (Humo)
Vocablo náhuatl



Foto 1

Una primera impresión deja entrever que el mercado laboral mantendrá como tendencia la innovación y el desarrollo tecnológico, por lo que las Instituciones Educativas sustentarán el adiestramiento de competencias especializadas, o mínimamente lo intentarán, a reserva de que la demanda de los jóvenes diga otra cosa.

La elección de una carrera universitaria por parte de los jóvenes se ha convertido en una decisión aún más compleja que en épocas pasadas. No basta con considerar la actitud, debilidades personales manifiestas, competencias adquiridas o potenciales, costo de los estudios universitarios o la propia vocación; ahora el panorama laboral obliga al futuro profesionista a realizar una selección más minuciosa y planeada a futuro, proyectada sobre las exigencias laborales del mercado mexicano.

Ante la relación existente entre educación y trabajo se manifiesta la necesidad de especializarse en áreas formativas concretas que faciliten la inserción laboral. La información sobre los nuevos horizontes laborales es amplia y difusa; al respecto surgen las siguientes interrogantes: ¿cuántos aspirantes a la educación superior tienen el cuidado de validar información prospectiva sobre el ámbito laboral en el que desean incurrir?,

¿las Instituciones de Educación Superior (IES), públicas o privadas, se encuentran preparadas para brindar una formación congruente con las exigencias nacionales?

Una primera impresión deja entrever que el mercado laboral mantendrá como tendencia la innovación y el desarrollo tecnológico, por lo que las Instituciones Educativas sustentarán el adiestramiento de competencias especializadas, o mínimamente lo intentarán, a reserva de que la demanda de los jóvenes diga otra cosa.

Resulta común observar diversos fenómenos que merman el papel de las Instituciones de Educación Superior en la formación de profesionales competentes acordes a las necesidades organizacionales modernas; situaciones exógenas a las IES como mercados cambiarios, finanzas nacionales y políticas educativas que se suman a factores individuales de cada educando y las características contextuales de su formación.

No se omite mencionar el abandono escolar como un indicador de la deficiente efectividad académica en las Instituciones de Educación Superior. El fenómeno es motivado por diversas causas en distintos niveles académicos; en el caso específico de los estudios de licenciatura Olivares Alonso (2013, pág. 41) refiere que existe un abandono del 40%. El porcentaje anterior si bien no sorprende, sí abre el camino a múltiples interrogantes que pretenden responder las causas del fenómeno. Y mientras más se ahonda en la problemática social educativa, más dudas surgen al respecto. Al enfatizar

sobre la situación, Olivares Alonso (2013) menciona que:

Estudiosos del fenómeno de deserción señalaron que esto se debe, en parte, a que la universidad no cumple las expectativas de los jóvenes y a que muchos alumnos no estudian en el colegio de su preferencia. Pese a ello, el sistema universitario no asume su responsabilidad y deja la carga de ese fracaso a los alumnos y sus familias [...]

El punto anterior denota una falla en los modelos educativos de las IES y aun así los problemas de inserción laboral no son responsabilidad exclusiva de los Centros Educativos, pues se ven involucrados diversos elementos propios de complejos sistemas sociales, que se han agudizado con el transcurso de las décadas.

Hoy las condiciones nacionales en términos de educación son completamente distintas a las del siglo pasado, la diversidad laboral, las transformaciones sociales y tecnológicas, han abierto una gran brecha entre los escenarios universitarios actuales y los de antaño. Carlos Muñoz Izquierdo retoma el estudio realizado por D. Lorey, al referir que en los años treinta el Estado mexicano impulsó la revolución industrial y como consecuencia las universidades comenzaron a producir profesionales que podían encontrar trabajo bajo el contexto mencionado. Se destaca de esta producción a los administradores de empresas, contadores e ingenieros por mencionar algunos. Hacia 1940, los perfiles profesionales eran ocupados predominantemente por la medicina, abogacía e ingeniería, en ese

orden; posteriormente en 1960, los campos profesionales más importantes fueron ocupados por ingenieros, médicos, abogados y administradores; en 1980 los profesionales en ingeniería habían rebasado en cantidad a los médicos, administradores, educadores y a los abogados, quienes ocupaban el cuarto lugar; en síntesis, los escenarios de ocupación tradicional cedieron lugares a las profesiones orientadas a los procesos industrializados. De manera paralela, la oferta educativa de profesionales fue congruente con los lineamientos gubernamentales promulgados desde 1929 debido a que las IES orientaron el egreso de sus educandos a las prioridades políticas establecidas en México, y esto debe ser atribuido a la demanda social que alineó sus prioridades al contexto vigente en ese entonces (Latapí Sarre, 2003, págs. 177, 178).

Muñoz Izquierdo basado en las aportaciones de D. Lorey infiere que “entre 1950 y 1960, la relación entre el número de empleados de nivel profesional y el de quienes egresaron de las instituciones de enseñanza

superior (IES) era de 1.4, lo que significa que durante esos años existía más de un puesto de trabajo de ese nivel para cada egresado de la IES” (Latapí Sarre, 2003, pág. 180).

En otras palabras, para cada profesional egresado le esperaba más de una oferta de trabajo de 1950 a 1960, tendencia que disminuyó hasta que en la década de los ochenta los egresados tuvieron que competir por los, ahora escasos, trabajos disponibles de nivel profesional. Las estimaciones de Muñoz Izquierdo dieron indicios que el fenómeno mantendría sin cambios durante la última década del siglo XX. Sin embargo, lo incierto del paradigma de la inserción laboral habría de complicarse aún más, pues investigaciones recopiladas observaron que, en franca contradicción con las predicciones de la teoría del capital humano, es más elevada la tasa de desocupación en aquellas ciudades donde los estándares de escolaridad son mayores (Latapí Sarre, 2003, págs. 180, 181).

Comparación del número de empleos de nivel profesional que han sido creados, con el de egresados de la enseñanza superior

PERIODO	NÚMERO DE EMPLEOS NIVEL PROFESIONAL	NÚMERO DE EGRESADOS	RELACIÓN PUESTO / EGRESADOS	RELACIÓN PUESTO / EGRESADOS
1950 - 1960	70, 000	50, 000	1.40	0.714
1950 - 1960	100, 000	120, 000	0.83	1.20
1970 - 1980	270,000	452, 257	0.60	1.68
1980 - 1990	311, 000	1, 162, 352	0.27	3.73

Fuente: Latapí Sarre (2003, pág. 180)

Los datos presentados demuestran cómo la realidad social ha sufrido drásticos cambios y el último punto invita a una reflexión acerca de si ¿los estudios de educación superior garantizan la obtención de un trabajo que satisfaga las necesidades personales y sobretodo las colectivas? y ¿qué características deberían de tener esos trabajos?, pues, en la década de los ochentas, donde comienza a agudizarse la problemática profesional-laboral, “quienes no permanecían como empleados asalariados en el sector formal buscaron trabajo en el sector informal por un salario menor o como trabajadores familiares sin remuneración” (Lusting, 2002, págs. 114, 115). Cabe agregar que este fenómeno se mantenido hasta la fecha, en pleno siglo XXI, y retroalimenta un dialelo en el cual la desigualdad social dificulta el acceso a la educación profesional y a la vez la educación profesional profundiza la desigualdad social.

En relación al punto anterior entiéndase la desigualdad bajo la perspectiva de Ramón Flecha quien advierte que un nuevo tipo de sociedad ha generado un nuevo tipo de desigualdades (Castells, y otros, 1997, pág. 58). Asimismo en franca contradicción con el antiguo adagio de Confucio que cita: “Donde hay educación no hay distinción de clases”, Fernández Palomares (2003, pág. 2) refiere que muchas investigaciones muestran que hay una reciprocidad entre el origen social y el rendimiento escolar, agrega que en la escuela triunfan más las clases medias y altas y fracasan más las clases bajas y de esta manera los centros educativos parecen reproducir las desigualdades existentes e incluso las legitiman. Igualmente el autor refiere que no se trata

de regresar al idealismo pedagógico donde la educación es el remedio de todos los males de la sociedad (pág. 3).

Ciertamente hasta este punto de la lectura se han planteado diversos cuestionamientos de difícil respuesta, y desde luego existen muchos otros que no han sido abordados e inciden directamente en la compleja relación entre la educación y el trabajo. Sumado a esto las IES y las industrias parecen no tener metas comunes en torno a las necesidades sociales; así las IES generan una sobreoferta de individuos que planean incorporarse a las esferas laborales de manera permanente en trabajos bien remunerados; los empleadores por su parte, demandan menos trabajadores con competencias muy específicas y efímeras, de forma paralela, en muchos casos, pretenden explotar la fuerza laboral del profesional por un periodo incierto y con el mínimo de responsabilidad hacia el empleado. Sin embargo es imperioso que en este esquema se busque un equilibrio entre todos los actores intervinientes, que se generen nuevas propuestas educativas proyectadas de manera congruente con las necesidades de la sociedad.

Una ley en los mercados es que mientras exista demanda habrá oferta, pero en el terreno de la educación esa ley llegará al punto de lo insostenible, ¿cuánto tiempo más podrán ser ofertadas carreras como Medicina, Derecho, y Administración de Empresas? La primera se caracteriza en la entidad poblana por contar con una limitada matrícula por periodo, de esta manera deja fuera del proceso educativo a miles

de jóvenes cada año; en el caso de Derecho ocurre un fenómeno contrapuesto, la licenciatura se imparte en una gran cantidad de las universidades del país y a diferencia de las Ingenierías no se encarga de desarrollar innovaciones tecnológicas, si bien la cantidad de alumnos admitidos es elevada gracias a las instituciones privadas, también lo es la tasa de desempleo que origina; asimismo la cantidad de administradores de empresas ha rebasado el número de organismos en los que pueden insertarse de manera formal. Conjuntamente los jóvenes mantienen su preferencia en aquellas carreras que históricamente han sido descritas como las más solicitadas.

El Estado de Puebla cuenta con más de 360 instituciones de educación superior, tanto públicas como privadas, que en suma ofrecen alrededor de 100 diferentes tipos de carreras, sin embargo, la mayor parte de los 70 mil egresados de nivel medio superior en Puebla, opta por 12 licenciaturas que concentran más del 70 por ciento de la demanda (Zambrano, 2013).

El paradigma social es muy distinto después de 65 años y el crecimiento demográfico continúa en aumento, lo que significa que los estudios de nivel superior no bastarán para que un trabajo formal y de carácter profesional le aguarde al recién egresado. Existe gran cantidad de profesionales que asegurarán una competencia por los puestos profesionales demandados en las empresas. Asimismo el crecimiento demográfico ha aumentado dramáticamente, lo que pronostica mayor oferta educativa y mucha de cuestionable

calidad. Se ha de recordar que han quedado atrás esos lejanos tiempos donde la educación profesional estaba destinado a las minorías, donde bastaba con un oficio para que el cabeza de familia solventara las necesidad de hasta más de diez hijos.

Finalmente el educando deberá observar de modo distinto al sistema universitario y establecer una meta fija durante el proceso formativo, planear a futuro basado en el contexto social, construir competencias en congruencia con sus capacidades y aptitudes, porque si bien la educación no es la respuesta para todos los males que aquejan a la sociedad, como indica Fernández Palomares, indudablemente sí es el pilar sobre el que se ha sustentado de manera permanente el progreso de la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

Castells, M., Flecha, R., Freire, P., Giroux, H., Macedo, D., & Willis, P. (1997). Nuevas perspectivas críticas en educación. Barcelona, España: Paidós Educador.

Fernández Palomares, F. (2003). Sociología de la Educación. Madrid, España: Pearson Prentice Hall.

Latapí Sarre, P. (2003). Un siglo de Educación en México. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - Fondo de Cultura Económica.

Lusting, N. (2002). México: Hacia la reconstrucción de una economía. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Olivares Alonso, E. (7 de octubre de 2013). La Jornada, En México sólo se gradúa 25% de los estudiantes universitarios. Obtenido de <http://www.jornada.unam.mx/2013/10/07/sociedad/041n1soc>

Zambrano, J. (29 de julio de 2013). Milenio.com, Concentran 12 carreras el 70% de demanda de estudiantes en Puebla. Obtenido de http://www.milenio.com/puebla/Concentran-carreras-demanda-estudiantes-Puebla_0_125387827.html